



MIGRAR AL VALLE DE CAMPESINOS A OBREROS

Maria José Rubiano Atehortúa¹

Resumen

La presente investigación es un estudio de caso que surge de una inquietud personal sobre los procesos urbanos que han moldeado la vida de mi familia materna y se pregunta por cómo se configura la identidad del obrero de la Compañía de Tejidos de Rosellón, quien migra del campo al Valle de Aburrá a mediados del siglo XX. Tomando como punto de partida el proceso de crecimiento urbano que vive el pueblo de Envigado, se identificó al paternalismo cristiano como la estrategia utilizada por la fábrica para moldear y configurar una identidad particular del obrero. La religión, la familia y el trabajo como referentes identitarios propios de la cultura popular antioqueña se verán atravesados por un nuevo referente con base al cual se definen nuevos modos y sentidos de vida: el progreso.

Palabras clave: Migración, crecimiento urbano, industria textil antioqueña, paternalismo empresarial cristiano, identidad obrera, progreso

Abstract

This research is a case study that arises from a personal concern about the urban processes that have shaped the life of my maternal family. It asks about the identification process that the migrant worker of Compañía de Tejidos de Rosellón experiences after arriving in the Aburrá valley in the mid-twentieth century. Taking Envigado's urban growth as a starting point, it was found that Christian paternalism was the strategy used by the factory to mold a particular self-referent identity in its workers. Religion, family, and work are recognized as typical identity referents in Antioquia's popular culture. In this case study, they're redefined by a new referent, which will shape new ways and life meanings: progress.

Key Words: Migration, Antioquia textile industry, Christian business paternalism, worker identity, urban growth, progress.

¹Correo de contacto: mjose.rubiano@udea.edu.co.

Introducción

Los pobladores de Antioquia que a lo largo del siglo XIX realizan desplazamientos masivos hacia el occidente del país (hoy conocidos como la *Colonización Antioqueña*), después de fundados centenares de pueblos emprenden el retorno hacia la capital del departamento. Para la segunda década del siglo XX, Medellín comienza un proceso de crecimiento urbano acelerado al convertirse en receptora de una gran cantidad de personas provenientes de los pueblos, especialmente, del oriente y suroccidente del departamento. Jóvenes que aspiraban a una mejor educación, hombres ricos atraídos por los negocios y la política, muchos de los cuales formarían parte de la élite medellinense y una gran cantidad de campesinos pobres en busca de empleo. Todos impulsados por el crecimiento económico e industrial de la ciudad y la movilidad social ascendente que ésta prometía (Ramírez, 2011).

La industria textil, al tener una de las mayores demandas de mano de obra para el momento, ocupó un lugar significativo para esta población migrante que depositó en las fábricas sus esperanzas de una mejor vida. Coltejer, la más importante textilera de Antioquia fue un claro ejemplo de esto al registrar entre 1914 y 1959 un treinta y siete por ciento de empleados provenientes del Valle de Aburrá, principalmente de Envigado, y un sesenta y tres por ciento prove-

nientes de otras regiones (Ramírez, 2011). Canalizando los flujos migratorios y los deseos de modernización que se tenían a nivel local, esta empresa fue protagonista de un profundo proceso de transformación de Medellín y sus municipios aledaños, afectando no sólo la configuración de los espacios, sino también los modos de vida de sus habitantes quienes dejaron atrás su identidad de campesinos para convertirse en obreros.

Es este el punto de partida de la presente investigación de estudio de caso, la cual surge de una inquietud personal sobre los procesos urbanos que han moldeado la vida de mi familia materna y se pregunta por *cómo se configura la identidad del obrero de la Compañía de Tejidos de Rosellón en Envigado quien migra del campo al Valle de Aburrá para mediados del siglo XX*. Para esto, realicé una revisión bibliográfica que me permitió identificar las estrategias utilizadas por la fábrica para moldear y configurar una identidad particular del obrero. Después, escuché los relatos de vida de mis abuelos, íntimamente ligados a la industria textil en Envigado, por medio de los cuales pude determinar la forma en que dichas estrategias se materializaron en la vida del obrero y de su familia para, finalmente, caracterizar la identidad del mismo.

Del campo a la ciudad

Explicar el crecimiento urbano de Envigado nos obliga a posar la mirada en la Compañía de Tejidos Rosellón que inicia su producción en 1914 como la tercera empresa moderna establecida en Antioquia, la cual es comprada por Coltejer en 1943. Una fábrica de tejidos de algodón cuyo crecimiento productivo irá de la mano del crecimiento demográfico del municipio convirtiendo a la población obrera en un importante sector social. Hecho que se refleja en las cifras, las cuales muestran cómo entre 1915 y 1947 los trabajadores de la fábrica, entre empleados y obreros, pasaron de ser 120 personas a ser más de 1.400, al mismo tiempo que Envigado pasó de tener 9.654 habitantes en 1918, una de las poblaciones más altas en la región, a tener 17.054 en 1935 (Restrepo, 2017).

De igual manera, dichas tasas de crecimiento remiten a un tránsito importante para el proceso de identificación del obrero en Envigado: *el paso del campo a la ciudad* que lejos de significar un desplazamiento entre dos espacios que se excluyen mutuamente, representa un acercamiento entre lo que los separa gracias al cual ocurren mutuas influencias y contaminaciones. Como lo expongo más adelante, su reconocimiento implica entonces superar la separación campo-ciudad y reconocer las relaciones de interdependencia existentes entre ambos (Plata, 2002), teniendo en cuenta que dicho

tránsito puede ser vivido como consecuencia de dos procesos distintos.

Un primer proceso es el *crecimiento urbano* del pueblo que se manifiesta en variaciones en los usos del suelo, las formas de consumo, el acceso a servicios y los ritmos de vida, dadas las transformaciones en el transporte, los medios de comunicación y las estructuras de producción (Plata, 2002). Este fue el caso de mi abuela cuya familia, oriunda del municipio, fue cambiando de actividades productivas en la medida en que el pueblo se fue industrializando.

Mis tatarabuelos y tatarabuelas, quienes vivían en la loma del Chocho, también conocida como La Loma, fueron todos campesinos. Mi abuela cuenta que mientras su abuelo Jesús era jardinero en la finca de Félix de Bedout y su abuela Carmen murió muy joven como consecuencia de un parto; sus abuelos Benjamín y Rosalina vivían de una platanera cuya cosecha él bajaba en un caballo alquilado a la plaza de mercado de Envigado para venderla, al mismo tiempo que ella, proveniente del municipio de Guarne, era lavandera.

Esto cambió una generación después, pues su papá se vinculó a la fábrica de Rosellón donde trabajó durante 38 años como mecánico y conductor. No obstante, es importante resaltar que este tipo de transformaciones se dan de manera paulatina. Esto se ve reflejado en su madre quien, a pesar de haber trabajado por

dos años en la fábrica cuando aún estaba soltera, siguió teniendo una estrecha relación con las plantas a lo largo de su vida. Así, en el solar de su casa siguió cultivando alimento, durante Semana Santa vendía las orquídeas que florecían en su jardín para que las iglesias fueran decoradas y años después, se dedicó a vender plantas en el mercado San Alejo que tiene lugar en la ciudad de Medellín. De esto mismo da cuenta la descripción que hace mi abuela de cómo eran los servicios de salud para finales de los años 50,

En ese momento había dos doctores, el Rendón y el Restrepo, y eran sabios. El doctor Restrepo era sabio, pero refunfunón, era bravo. Uno llegaba allá y eran las señoras con las gallinas Pero es que ese señor era sabio, llegaba y decía *ese se muere por ahí en una hora* y en una hora se moría. Yo era la que llevaba a los niños, mis hermanos, cuando se enfermaban. Jairo sufría de bronquitis y mi mamá no salía a la calle, entonces yo era la que lo llevaba. Y mi mamá le echaba Vick Vaporub en la nariz entonces *¡Esas viejas por qué le echan eso, eso no se puede echar porque le dañan los cornetes a los niños!* Dicho y hecho, el pobre Jairo ha sufrido toda la vida de los cornetes. Entonces yo era la que me ganaba todos los regaños. Él nunca consiguió plata porque era muy caritativo, el no le cobraba

a la gente la plata, era muy bueno, pero era neurasténico, un día era todo querido y al otro era lo que llaman hoy en día bipolar (risas). (Comunicación personal, abuela, 77 años, 10 de junio de 2021)

Un segundo proceso, inherente al anterior, es la migración del campo a la ciudad que a diferencia del crecimiento urbano, representa cambios repentinos y drásticos en los modos de vida de las personas. Tal y como sucedió con mi abuelo, oriundo de Amagá, quien a inicios de los años 50 migró junto con su hermano hacia el Valle de Aburrá, pasando de trabajar en la hacienda Nechí de caña y café a trabajar en una cristalería llamada Peldar. De esta manera, los contrastes existentes entre la ruralidad y la urbanidad pueden ser identificados en su relato de vida,

La vida en el campo es la vida más buena que hay. Yo la tuve fue como niño hasta llegar a una edad ya de 17 años. Pasé 17 años allá en el campo y muy buenos, se pasa muy sabroso. Uno en la mañana tenía escuela y por la tarde trabajaba en lo que tenía papá, si había café había que ir a recoger café o había que ir a coger muchas veces, y eso se lo enseñan a uno desde muy pequeñito, a los 7, 8 años ya está lidiando uno con eso. Como eso cuando hay cosecha de café es bueno porque es donde más se ve la platica. Uno tiene café una vez al año y tiene traviesa, pero la traviesa no es como

muy llamativa, pero no se puede dejar perder porque eso ayuda mucho (...) Yo vivía en la vereda Guaymaral, la más bonita del mundo, llega usted aquí [señala con la mano] y si se resbala va a dar a la quebrada (risas). Pero le digo pues sinceramente que uno gozaba mucho porque iba a la quebrada, se bañaba en la quebrada, sacaba dos o tres pescados y pasaba bueno.

() Los primeros en venirnos para acá [a Envigado] fuimos mi hermano Eduardo y yo, llegamos a la casa de un tío, un hermano de mi mamá. Entonces nos colocamos en Peldar, trabajamos menos del año, estaba más amañado ese doctor Domínguez conmigo porque yo rendía. Me tocó bultear y ser revisor de producción. Los bultos lo mandaban era en tren, entonces tocaba llenar esos vagones del ferrocarril y eso hacía 500 bultos y había unos muy malitos pa bultear y le tocaba a uno volear fuertemente, claro que le pagaban a uno extras, pero eso era muy duro, muy duro (...) Yo salí de allá porque no se descansaba, no había descanso y eso era muy duro porque era domingo, lunes y día de fiestas, todo seguido, semana santa y todo eso y uno bien pelao, bien joven, con harta ganas de tomarse una cerveza por ahí o bailar o cualquier cosa y no se podía ¡eso no va conmigo! (Comunicación personal, abuelo, 86 años, 20 de febrero de 2021)

Cabe mencionar también que años después estos contrastes fueron vividos en mayor o menor medida por los demás miembros de la familia, quienes deciden migrar cuando con las ganancias de ambos hermanos y la cosecha de café del papá pudieron comprar y amoldar la casa en la que todos se instalarían definitivamente.

Un modelo de gestión paternalista

Parafraseando a Venegas & Morales (2017), el paternalismo puede ser entendido en términos generales, como un planteamiento global de la industria que se dirigió a transformar a los obreros en sujetos disciplinados como mano de obra. A través de la financiación y ampliación de programas de asistencia o bienestar social para sus trabajadores, los hizo partícipes de una comunidad regulada por un discurso moralizador fundado en una concepción específica del buen obrero. Esto es, un obrero responsable, esforzado, comprometido con sus pares y defensor de su industria.

Hay entonces una consolidación de la figura protectora y benefactora de la fábrica que permite edificar una comunidad con sus trabajadores y que para el caso colombiano, dadas las formas culturales imperantes, se ve reforzada por la creación de lazos personales, casi familiares, entre empresa y trabajador (Archila, 1992). De acuerdo a esto, es posible identificar

en este modelo de gestión de la mano de obra una doble superposición entre familia y fábrica claramente materializadas en Rosellón.

De un lado, se encuentra la presencia de I en tanto la política de reclutamiento de la fábrica propició la vinculación de redes extensas de familiares, al mismo tiempo que los espacios de formación y socialización que ofrecía posibilitaron la ampliación de las mismas. Es así como mi abuelo, tras ser puente entre varios de sus hermanos y la fábrica, genera una red familiar dentro de esta que se fortalece una vez se casa con mi abuela, hija y hermana de otros trabajadores, la cual conoce en un curso ofrecido por Coltejer a empleados, obreros y familiares. En consecuencia, mi familia materna estuvo comprendida a lo largo de dos generaciones por varios obreros de Rosellón.



Imagen 1. Mis abuelos en Bogotá durante su luna de miel, 1962.

De otro lado, se reconoce la inserción de *la fábrica en lo doméstico* por medio de los beneficios y programas que otorgaba a los trabajadores y sus familias. Desde el fácil acceso a determinados bienes como el de la vivienda hasta la oferta de numerosos servicios que incluían la escuela, el hospital, el comisariato o almacén, el restaurante y el transporte. Además de la disposición de diversos espacios de recreación y deporte que buscaban una mejor inversión del tiempo libre por parte de los trabajadores, tales como las canchas de fútbol, béisbol, tejo, la piscina y el gimnasio.

De esta manera, la fábrica era casi omnipresente en la cotidianidad familiar abarcando no sólo la esfera pública, sino también la privada, Tenía, imagínese que tenían restaurante ¿cuánto valía el almuerzo? como cinco centavos, pero almuerzos con todo ah e imagínese iban a las casas de nosotros en el barrio obrero, e iba una señora que era dietista a ver cómo comíamos y cómo nos estábamos alimentando, lo mandaban de no es que ellos pensaban en todo, en todo, en todo ¿y no ve ese barrio obrero como es de bien trazado? ¡No! es que eso es una cosa muy hermosa, yo lo amo, esos señores tienen que estar en el cielo porque es que ellos eran muy buenos, ellos sí sabían que era con los empleados y los niños (...)

(...) Y nos vendían los kilos, los retazos que quedaban que eran unas cosas yo me

quedé por ahí veinte años sin comprar una sábana porque eran hermosas las sábanas. Todo el año por el número del carné le tocaba a uno: "Ah que esta semana nos toca el kilo entonces uno iba uno a comprar el kilo y eso valía un centavo, cinco centavos Los Echavarría, avemaría ¡que Dios los bendiga! (...) Esas telas, esos retazos, no yo vestí mucho a estas muchachas con esos retazos ¡eran bonitos! eran telas muy lindas, salían unas telas grandes, así ¡Avemaría! (...) Las muchachas cogían de esos retazos para hacerle los vestiditos a las muñecas, un día fui a coger las telas pa mandarles a hacer la ropita de Semana Santa y ya no había, estaba toda cortada, las usaron en las muñecas. (Comunicación personal, abuela, 77 años, 20 de febrero de 2021)

El Barrio Obrero

El fácil acceso a la vivienda fue uno de los beneficios más representativos que otorgó la fábrica a sus trabajadores, no sólo por lo que significó en la vida de las personas, sino también por el papel que jugó en el crecimiento urbano del municipio de Envigado. Construido por Rosellón en un lote de terreno de 12 cuerdas y comprado a la Sociedad Félix de Bedout e hijos para destinarlo a vivienda obrera, el barrio Jesús María Mejía, también llamado el Barrio Obrero, lleva el nombre del Padre recono-

cido como *el forjador del alma envigadeña* en tanto promovió el fervor popular y las creencias católicas entre los obreros y sus familias (Restrepo, 2016).

Estas casas nuevas que estaban constituidas por tres habitaciones, un baño, una cocina y un solar, en un principio fueron ofrecidas por la fábrica para que sus trabajadores las tomaran en arriendo, pero con el tiempo se abrió la posibilidad de que estos pudieran comprarlas. Una escritura rastreada por el Centro de Historia de Envigado (s.f.) ejemplifica una venta con hipoteca que se llevó a cabo en 1955, la cual se da entre la Compañía de Tejidos S.A. (Coltejer) y el trabajador Rafael Henao Montoya para un área de 249 varas cuadradas (174 m²) con un precio total de \$8400 pesos, incluyendo seguro de vida y contra incendio. El pago de la hipoteca se distribuyó así: \$1.568.55 pesos correspondientes al valor del auxilio de cesantía que liquidó la empresa y el resto, es decir, \$6731 pesos, por mensualidades consecutivas de \$66.50 pesos en un plazo de 15 años, con un interés anual del 6 % y la posibilidad de hacer abonos extraordinarios.

Otro elemento diciente en este sentido es la existencia de una cláusula especial dentro del acuerdo que le exigía unas determinadas condiciones morales al comprador:

Se compromete a destinar la casa a su habitación y de su familia, a no permitir en la casa comprada, expendio de licores ni per-

sonas de vida licenciosa, establecimientos públicos de juego y otras cosas que perturben la tranquilidad y decoro propias de un barrio bien habitados como conviene a los trabajadores. (Centro de Historia de Envigado, s.f.)

Fue así como la construcción de vivienda le otorgó a Rosellón la facultad de unir familia, fábrica y religión en un mismo espacio. Generando de manera paralela un proceso de normalización de los trabajadores, sus familias y la sociedad envigadeña en general, al condicionar la entrega de los beneficios a unos determinados comportamientos y usos del suelo.

La escolita de Rosellón, la mejor escuela del mundo mundial

Un caso emblemático del modelo paternalista emprendido por Coltejer es la Escuela Carlos J. Echavarría, también conocida como la *escolita de Rosellón*. Allí, la planta física trascendía los fines educativos e incluía, además de las aulas, una serie de espacios donde se llevaban a cabo el plan de lectura, la formación en arte y deportes, las celebraciones especiales, los programas de nutrición, higiene y salud pública y los espacios educativos para los padres de familia. De igual manera, el proceso formativo iba más allá de dichas instalaciones y se extendía al bosque y a los demás espacios recreativos que



Imagen 2. Una de las pocas fachadas del Barrio Obrero que aún conserva la fachada original, 2021



Imagen 3. Barrio Obrero (Jesús María Mejía), Envigado, 1945

se encontraban dentro de la fábrica. Por lo que, en la escuela confluyeron muchas de las estrategias implementadas por la empresa en su búsqueda por ser el padre protector y regulador de los obreros y sus familias. Como bien lo narra mi tía,

Teníamos huerta orgánica, nosotros sembrábamos nosotros recogíamos cosecha. Cada salón tenía su vera y nosotros sembrábamos cebolla, frijol, maíz, cilantro, zanahorias y traíamos. Nos daban leche, en ese litro nos daban leche, todos los días nos daban leche. No, no, no esa gente se ganó el cielo y más allá. Nos enseñaban inglés, nos daban odontología, el deporte era lo primero, por eso todos somos deportistas, porque a

nosotros nos tenían profesor especial para voleibol, para fútbol, o sea, a nosotros nos daban clases y salíamos del colegio y teníamos extracurriculares, pero nadie pagaba, eso era todo gratis. ¡Las fiestas del niño! ah no, no, no, no. Esa escuela era uno A. (Comunicación personal, tía, 52 años, 20 de febrero de 2020)

O como también lo expresan los estudiantes de la *escuelita* en su grupo de Facebook, La mejor escuela de Envigado, nos daban leche todos los días, la odontología, la enfermería, salón de proyecciones, violeta y fluor cada mes y iamos teníamos la mejor biblioteca y las mejores fiestas del niño. También teníamos una huerta donde cultivábamos y cosechábamos hortalizas. Eramos muy felices. Ah y no podemos olvidar, que teníamos el mejor club deportivo de Envigado LA CANCHA ROSELLON, donde disfrutábamos de la piscina, el baño turco, y sauna, el bosque, las canchas de fútbol, básquetbol, tenis, los juegos infantiles, las mesas de ping pong. Y los mas importante LOS MEJORES AMIGOS Y LOS MEJORES PROFESORES. A los que recordamos con cariño y les estaremos eternamente agradecidos [sic]. (Estudiantes de la Carlos J. Echavarría (La Rosellón), 2014)

Al ser el lugar en el que estudiaron mi mamá, mis tías y mi tío y muchos de los hermanos y

hermanas de mi abuela, pude identificar un hecho adicional que engloba a la *escuelita*. Si bien toda mi vida había escuchado a mi mamá hablar sobre lo *maravillosa* que era la *escuelita*, no fue sino hasta ahora que entendí el vínculo afectivo que mi familia tiene con ésta. Tras mostrarle a algunos parientes varias fotografías que encontré en un grupo de Facebook llamado *Fotos Antiguas de Envigado*, pude observar la nostalgia que despierta su recuerdo acompañada de la euforia con la que todos buscaban completar las imágenes al narrar cómo era su vida dentro de esta.



Imagen 4. Escuela Carlos J. Echavarría. Allí, mi mamá hizo la primaria desde 1969 hasta 1973 (de los 7 a los 12 años)

Sin embargo, no es solo la memoria lo que se despierta cuando se evoca a la *escuelita de Rosellón*, hay también una fuerte convicción de que la *escuelita* nunca dejó de ser parte de ellos. Tal y como narran mis tías cuando hablan sobre los paseos que hicieron y las canchas deportivas en las que jugaron o mi mamá

cuando cuenta sobre sus recreos en la biblioteca, pareciera ser que fue ésta la que sembró la semilla de muchas de las cosas que hoy en día las caracterizan,

¿Sabe por qué nos gusta pasear tanto? Porque a nosotros nos sacaban a pasear en la escuela, a nosotros nos armaban paseos, pero no era uno, eso era en el año tres o cuatro paseos, a nosotros nos llevaron a Guatapé, a nosotros nos llevaron a todos los municipios, a todos los Comfamas con guía y con profesores ¡Chirriquiticos! Hacíamos herbarios. Es que la escuela tenía, la escuela como tal que tenía una planta física ¡mejor dicho! y la fábrica era la fábrica, pero tenía gimnasio, piscina, cancha de fútbol y un bosque gigante, allá nos llevaban a hacer el herbario. No, no, no, siéntese a hablar con cualquiera sobre una escuela mejor que la de Rosellón ¡No existe! Por eso le dije yo, la mejor del mundo mundial. Con seguridad. (Comunicación personal, tía, 52 años, 20 de febrero de 2021)

El reconocimiento de que la escolita no sólo se quedó en el pasado sino que también representó un futuro, es un elemento central para entender cómo el paternalismo de Rosellón se materializó en la vida, el pensar y el sentir de los hogares obreros, muchos de los cuales terminaron personificando la *idea del progreso*. Para mi familia la educación es casi un mito fundacional, desde pequeña he escuchado la historia

de cómo mis abuelos se sacrificaron, él trabajando horas extra y ella asumiendo toda la carga del hogar, para que sus hijas e hijo pudieran estudiar en las mejores condiciones y *progresar en la vida*, siendo la parte fundamental de esta historia, "(...) es que era de todo, no, no, no, esa gente tenía una visión ¡avemaría! esa gente tenía una visión ¡qué belleza! Y los compañeros de uno todos son profesionales, la mayoría (Comunicación personal, tía, 52 años, 20 de febrero de 2021).

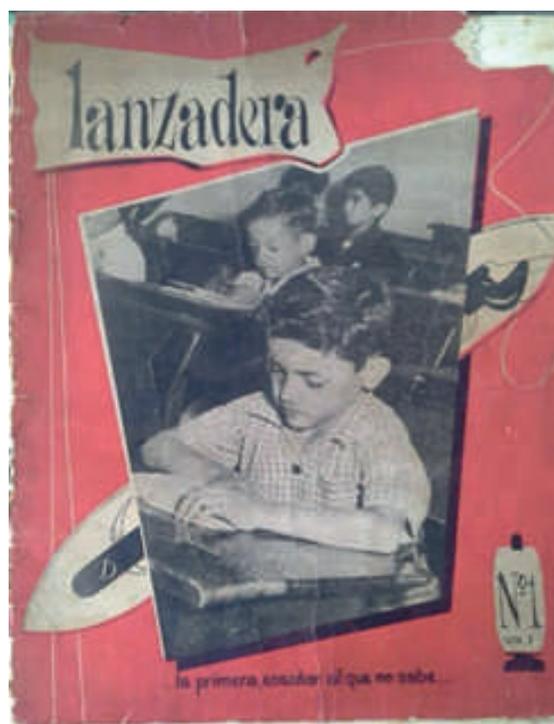


Imagen 5. Lanzadera: la revista de los trabajadores de Coltejer. 1944, Vol.1, N°1.
la primera, enseñar al que no sabe

El paternalismo cristiano antioqueño y la construcción de la lealtad obrera

De acuerdo a los planteamientos de Venegas & Morales (2017), el desarrollo de una estructu-

ra paternalista debe, además de proveer incentivos materiales, generar un discurso que dé forma y significado a la entrega de sus beneficios. En Antioquia, este discurso se ancló en las tradiciones y la cultura popular. Al experimentar un paulatino crecimiento urbano que se da en relación a la dinámica minera, la colonización del occidente, el comercio y la producción cafetera, el Valle de Aburrá fue receptor de una población que en su mayoría, provenía de la región o de sus zonas de influencia, convirtiéndose así en el eje de una expresión de dinámicas regionales que al lograr un sentido de identidad y pertenencia dio paso a lo que hoy se conoce como la *cultura paisa* (Plata, 2002).

La valoración del trabajo, la familia como centro de la vida cotidiana y la religiosidad popular son, entonces, el marco de esta cultura paisa a la cual se adaptó el paternalismo antioqueño reforzando el apego típico de la región a los valores tradicionales. La religión católica se convirtió en el contexto ideológico que determinó la búsqueda del sentimiento de familia, de comunidad, entre el capital y el trabajo. No obstante, los lazos familiares actuaron en estos casos como formas de control social, hecho reflejado en la declaración de la Conferencia Nacional de Obispos de 1920: "Justicia y caridad en los patronos, respeto y sumisión en los obreros" (Archila, 1992).

En este sentido, las navidades, las primeras comuniones y las grandes festividades del san-

toral católico fueron los momentos privilegiados para construir esa idea de la empresa como una gran familia cristiana (Archila, 1992), al mismo tiempo que se constituyeron en las más claras manifestaciones de lealtad a la fábrica por parte de los trabajadores y sus familias (Restrepo, 2017):

Es que los Echavarría eran una cosa muy hermosa, muy hermosa, muy hermosa ¡La fiesta que le hacían a los trabajadores el día de San José! El dieciocho de marzo de día de San José ¡Ay! No, mejor dicho, les daban regalos, les hacían comida. ¡Y en diciembre pa los niños! Avemaría, mijá, vea, muñecas y tenían los nombres de los niños y pa cada niño tenían su regalo. (Comunicación personal, abuela, 77 años, 20 de febrero de 2021)

Pero a su vez, se necesitó también de espacios canalizados por la Iglesia que reforzarán cotidianamente la imagen de la empresa como una gran familia. Un ejemplo de esto es la construcción de la Iglesia San José, para la cual les sacaban 5 centavos del pago de todos los empleados, trabajadores y obreros y se la daban a la parroquia (Restrepo, 2016). Otro, son los espacios de catequesis ofrecidos por la capilla de Rosellón,

El capellán, había misa, había una iglesia con todo, una capilla en Rosellón y entonces el padre Wilfred enseñaba la biblia () es que era también católico, apostólico... ¡imagínese! me iba con estos muchachos, todos

cinco a estudiar la biblia con el padre Wilfred, la catequesis, y rifaba una biblia cada vez, se la ganaron todos, todavía la tienen. (Comunicación personal, abuelo, 86 años, 20 de febrero de 2021)

De esta manera, por compartir una misma ética del trabajo y una valoración religiosa similar, para los empresarios antioqueños fue más fácil que en otras regiones del país tender un puente cultural con los trabajadores. Al existir una menor distancia entre pueblo y élite, las lealtades de los obreros y posteriormente, las de su prole para con las empresas fueron aún más intensas (Archila, 1992). "¿Dolor? eso es como si le estuvieran arrancando a uno el corazón , fue lo que me respondió mi abuela cuando le pregunté por la demolición de la fábrica de Rosellón.

La identidad obrera, trabajar para progresar

Las historias por medio de las cuales se narra la identidad buscan dar significado a la vida y al mundo (Safa, 1998). Con esto, entiendo la identidad como un proceso que implica reconocerse partícipe de un sistema de vida, una cultura y una memoria histórica (Pensado, 1998), a través de determinados referentes identitarios que se construyen con base en experiencias concretas, históricamente determinadas, que pueden variar en el tiempo y en las que el espacio es también un instrumento

de la identidad (Portal, 2003).

Aparte de su trabajo en Coltejer, mi abuelo trabajó durante 14 años vendiendo los libros del Círculo de Lectores, una editorial del momento. Todos los días, de lunes a sábado, se dirigía a la Fábrica de Rosellón para trabajar desde las 8 de la noche hasta las 4 de la mañana. Una vez finalizaba su turno, llegaba a la casa, leía El Colombiano, dormía desde las 5 hasta las 10:30 de la mañana, aproximadamente, y se organizaba para salir dos o tres horas a vender libros. Después, volvía a la casa y almorzaba para a continuación, seguir con la venta de los libros. A las 5 o 6 de la tarde regresaba, se arreglaba y salía nuevamente a trabajar en la fábrica. Mi abuela, parafraseándolo, me explicó el porqué de esta doble jornada laboral,

El abuelo me dijo un día, "No, es que a los muchachos hay que darles estudio, yo no tengo plata pa' dejarles a ellos, pero que ellos estudien porque yo no quiero que mis hijos sean obreros, que estudien para que ellos sean algo y que ellos tengan su modo de vivir bien y todo eso". Y yo le dije ¡Ay si! que estudien, pero que no vayan a ser como yo ¡que no se casen jovencitas!" (Comunicación personal, abuela, 77 años, 10 de junio de 2021)

El trabajo era central en la vida de mi abuelo y tenía un propósito claro: el progreso. No obstante, esta concepción del trabajo no sólo representaba una apuesta por el futuro de su

familia, sino que también estaba acompañado de unos valores y virtudes que lo definían como persona y hacían de la cotidianidad una continua oportunidad de mejora,

Uno como trabajador debe rendir donde le toque, uno tiene que bregar a ganarse y a cogerle, pues a uno llega por lo regular a una empresa nueva, lo ponen a barrer. Pero si usted barre bien, le queda tiempo para ir viendo cómo el trabajo de este operario, manejando esta máquina, qué es lo que tiene que hacer. Había muchas clases de maquinarias allá () Yo aprendí todo eso y yo llegué a tener mi contrato de operario de retorcedoras que es cambiarlas, manejarlas y de todo (...) Yo era fregadito para trabajar, yo era responsable, mucho, entonces mantenía mi contrato muy bien, por ahí faltando veinte minutos para terminar el turno yo ya no tenía que cambiar máquinas, tenía mis máquinas todas parejitas y entonces me iba para los operarios de las máquinas involucradas o de las barbe a ayudarle al que más atrasadito estaba que le rendía como menos, al que le rendía como menos me iba a ayudarle a ayudarle y ya antes para salir le daba una vuelta al contrato mí o y lo dejaba al pelo. Y así fue la vida mía allá, yo fui buen amigo en ese sentido, le ayudaba mucho a la gente. (Comunicación personal, abuelo, 86 años, 20 de febrero de 2021)

La identidad del obrero de la Compañía de

Tejidos de Rosellón responde entonces, a dos hechos concretos. Un origen campesino que da cuenta de una cultura popular antioqueña que toma como referentes identitarios a la religión, la familia y el trabajo. Y un proceso de industrialización que a través del paternalismo cristiano implementado por Coltejer, instaura la noción de progreso como un nuevo referente identitario, transversal a los ya existentes, a partir del cual el obrero se diferenciará del campesino.

Diferenciación que se establece no sólo por la sensación de bienestar que experimenta el obrero en comparación con el campesino (Archila, 1992). Tal y como responde mi abuelo al preguntarle si extrañó la vida en el campo al migrar,

Pues, no porque uno siempre estaba buscando mejoras y uno allá no hacía sino echar azadón y coger café. ¡No! el trabajo del campo es muy duro y si le tocaba a uno en un cañaduzal, eso pica mucho esa pelusa de esa caña ¡Eavemaria! eso es muy bravo. Y yo trabajé en eso y llegué a trabajar en el corte de caña que es gente cortando caña y la viruta de caña que es pura cosa para los animales la tenía que recoger, me ponían a mí a recoger eso y eso lo vuelve a uno trizas porque eso, eso a uno lo corta y había que recoger y cargarlas ahí pa llevárselas pa a esas mulas, pa echársela picadas ¡no, muy duro eso! (Comunicación personal, abuelo,

86 años, 20 de febrero de 2021)

Sino también por el significado que le otorga a su trabajo ante la convicción de que la empresa era sinónimo de progreso y prosperidad para la región. El obrero guardaba un sentido de pertenencia a la empresa, a la par que se consideraba útil y funcional al cumplir un destino *imprescindible*. Él tenía valor en la sociedad, en la medida en que contribuía con su fuerza de trabajo (Restrepo, 2017),

El que no trabaje con amor no es nada (...) La fábrica es un refugio de gente de buenos pensamientos que hace que las cosas prosperen, esa era la fábrica para mí, que todos los días progresaba más y más y más. Y habían trabajadores que respondíamos,



Imagen 6. Mi abuelo fue obrero de la Fábrica de Rosellón durante 36 años, de 1951 a 1989.

otros que no los movía ni quien sabe quien, porque toda la vida ha existido eso, malos trabajadores, buenos trabajadores que la empresa nunca quisiera que esa gente le faltara, pero desafortunadamente eso de todo llega. Pero yo quería mucho a la fábrica y no porque yo fuera a sentarme allá, yo iba era a ponerme a trabajar. (Comunicación personal, abuelo, 86 años, 20 de febrero de 2021)

Conclusiones

Paralelo a la conformación de una clase obrera textil se irá configurando una nueva mentalidad y cultura basada en el trabajo y el progreso. Esto, a través de un paternalismo cristiano implementado por Coltejer que desembocó en una serie de obras de infraestructura, prestaciones de servicios y la ejecución de campañas morales, las cuales fueron poniendo a la fábrica en el centro de la vida, haciéndose realidad aquella frase que tanto decían los habitantes de Envigado: *Rosellón lo es todo* (Restrepo, 2016). Proceso que irá de la mano de la Iglesia Católica la cual canalizará todos estos esfuerzos hacia la imagen de la empresa como una gran comunidad (familia) cristiana.

Si bien los individuos que conformaban el conglomerado designado como *clase obrera* no pueden ser comprendidos con base en una única identidad, dar cuenta del tránsito que

vivieron muchos de los migrantes que llegan a trabajar a Rosellón nos permite comprender algo fundamental cuando hablamos de las identidades que pasan *de campesinos a obreros*. Para el obrero no hay un abandono de la religión, la familia y el trabajo como los referentes desde donde se le otorga un sentido a la vida y se establece un *nosotros*. Todo lo contrario, aquellos referentes propios de la ruralidad son los cimientos que la empresa toma para ir configurando nuevas mentalidades, prácticas y relaciones que al estar atravesadas por el paradigma del desarrollo, responden a las necesidades del capital. La identidad como emergencia del cambio es entonces un proceso complejo en el que pareciera ser más justo hablar de reconfiguraciones que de rupturas.

Hoy en día se vuelve casi imposible encontrar en Envigado el rastro de lo que fue la Fábrica de Rosellón. Sí sé dónde quedaban lo que en su momento fueron largas extensiones de maquinaria es porque mi mamá me lo contó, pues en el afán por modernizarse mediante la transformación de sus espacios, el municipio ha ido borrando todas las huellas del pasado. Hay sin embargo, algo que permanece y que nos habla del profundo arraigo que la fábrica tuvo en los habitantes de Envigado, la lealtad. Décadas después, tras cincuenta años del asesinato de Diego Echavarría, mi abuela sigue orando por él y su familia, mi abuelo sigue promulgado el valor del trabajo y sus hijos han encarnado la

posibilidad del progreso sobre la que se sustenta el sistema capitalista.

Referencias

- Archila Neira, M. (1992). *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*. CINEP
- Cortés P., J. G. (2010). Políticas de salarios mínimos en Colombia. Una lectura entre la teoría y la realidad. *Equidad y Desarrollo*, (13), 119-126. <https://doi.org/10.19052/ed.210>
- Estudiantes de la Carlos J. Echavarría (La Rosellón). (20 de febrero, 2014). *Información*. [Grupo de Facebook]. Facebook. Recuperado de <https://www.facebook.com/groups/673679772674897/about>
- Fotos Antiguas de Envigado. [Gonzalo Santamaria He]. (16 de agosto, 2016). *Imagen 4*. Escuela Carlos J. Echavarría. [Fotografía]. Facebook. Recuperado de <https://www.facebook.com/photo?fbid=10208390056963812&set=g.65608435496>
- Fotos Antiguas de Envigado. [Marina Vanegas Montoya]. (18 de julio, 2018). *Imagen 5. Lanzadera: la revista de los trabajadores de Coltejer. Vol. 1-Nº 1 "...la primera, enseñar al que no sabe..."*. [Fotografía]. Facebook. Recuperado de <https://www.facebook.com/photo?fbid=10208390056963812&set=g.65608435496>
- Imagen 1. Mis abuelos durante su noviazgo*. [Fotografía]. Archivo personal.
- Imagen 3. Barrio Obrero (Jesús María Mejía), Envigado*. (1945). [Fotografía]. Archivo Fotográfico, Biblioteca Publica Piloto. https://bibliotecapiloto.janium.net/janium-bin/janium_zui.pl?jzd=/janium/Fotos/BPP-F-020/0119.jzd&fn=19789
- Imagen 6. Mi abuelo fue obrero de la Fábrica de Rosellón durante 36 años, de 1951 a 1989*. [Fotografía]. Archivo personal.
- Obrero o "Jesus María Mejía"*. (s. f.). Centro de Historia de Envigado. Recuperado 28 de junio de 2021, de <https://www.centrodehistoriaenvigado.com/obrero-o-jesus-maria-mejia/>
- Palacio Gómez, C. (2000). *Memorias de Rosellón*. *Revista Katharsis*. Año 3, (2), pp. 12-25, Institución Universitaria de Envigado.
- Pensado Leglise, M. P. (1998). La tradición oral y la creación de elementos identitarios en Xochimilco. *Alteridades*, 8(15), 103-111.
- Plata, J. J. (2002). De pueblos, ciudades y metrópolis: urbanitas y urbanismos. *Revista de Estudios Sociales*, (11), 63-71.
- Portal, A. M. (2003). La construcción de la identidad urbana: la experiencia de la pérdida como evidencia social. *Alteridades*, 0(26), 45-55. <https://doi.org/10.24275/alte.v0i26.323>
- Restrepo Gómez, E. (2016). *Rosellón: un caso de mentalidad obrera*. *Revista Psicoespacios*, 10 (16) p.p. 253-268.

---. (2017). *Historia de Rosellón (1912 - 1943), "En el yunque del trabajo, Envigado se agiganta"* . Centro de Historia de Envigado.

Rubiano, M. J. (2021). *Imagen 2*. Una de las pocas fachadas del Barrio Obrero que aún conserva la fachada original [Fotografía]. En *Archivo personal*.

Safa, P. (1998). Memoria y tradición: dos recursos para la construcción de las identidades locales. *Alteridades*, 8(15), 91 - 102.

Venegas Valdebenito, H., & Morales Barrientos, D. (2017). Un caso de paternalismo industrial en Tomé. Familia, espacio urbano y sociabilidad de los obreros textiles (1920-1940) (1920-1940). *Historia*, 1 (50), 273 - 302.

